
RELATO 1

¿SERÁ IVÁN EL CULPABLE...?

*David Espinoza Pérez**

Egresé de la Escuela Normal Superior de México, en la especialidad de Química. Durante mi formación como docente de educación secundaria y a lo largo de mi práctica docente en distintos planteles educativos, he tenido la oportunidad de observar situaciones que no favorecen el desempeño de algunos alumnos.

Como estudiante, mi paso por las instituciones de educación básica nunca fue agradable; sin embargo, lo único que disfrutaba eran el receso y la clase de deportes cuando jugaba fútbol con los compañeros del grupo. Tenía cierto temor a los maestros, apatía ante sus clases y la escuela en general. En cada nivel educativo esas sensaciones continuaban en determinadas ocasiones. El temor a los maestros quizá se debía a su indiferencia, su actitud agresiva, prepotente, grosera; me obligaban a hacer cosas que no me agradaban; amenazaban al grupo con castigarnos y bajarnos la calificación.

* Profesor de Química en EST. Maestría en Educación Básica, UPN/DGEST.

En lo personal, tenía indolencia hacia las clases y la escuela porque todo me parecía aburrido, tedioso y somnífero, excepto el receso.

Afortunadamente, en la preparatoria encontré algo que despertó mi interés: la materia de química. Una asignatura diferente, tal vez porque las clases se impartían en el laboratorio; la maestra hacía experimentos que atraían mucho mi atención y lo poco que aprendía tenía alguna aplicación. El resto de los profesores continuaban enseñando de una forma “tradicional”; dictaban, contaban su historia de vida o dejaban actividades del libro. Algo realmente aburrido.

Al egresar de la Escuela Normal Superior, tuve la fortuna de incorporarme a la planta docente de una Escuela Secundaria Técnica (EST), donde en repetidas ocasiones trabajé con jóvenes que la mayoría de sus profesores habían etiquetado como alumnos problema, y les atribuían características que muy pocas veces mostraban en mi clase. Cuando compartíamos puntos de vista sobre estos estudiantes, parecía que hablábamos de sujetos totalmente diferentes; en cada clase manifestaban comportamientos disímiles. En la mayoría de las sesiones que trabajé con ellos se mostraron interesados, atentos, participativos, trabajaban y les gustaba aprender. Sin embargo, hubo ocasiones en las que intervenían factores que modificaban estas actitudes en los alumnos y sus aprendizajes se veían seriamente afectados. Para mí, se volvió indispensable identificarlos para evitar su incidencia.

En diversas ocasiones, durante las juntas colegiadas, salió a relucir con paulatina intensidad el nombre de Iván, un estudiante etiquetado como “alumno problema”. Varios profesores se quejaban de él. Afirmaban que no aprendía, que no comprendía los contenidos; se quejaban de que siempre deambulaba dentro y fuera del salón, inquietaba a sus compañeros y generaba indisciplina. Para mis colegas, no había mejor solución que canalizarlo a otra institución.

Tanto se hablaba de este estudiante, que comencé a interesarme por conocerlo y escuchar su versión; así sería posible forjarme un panorama completo de las situaciones descritas por los maestros

y entender qué pasaba con él. Las críticas a Iván me hicieron recordar ciertas etapas de mi vida académica, cuando los profesores se quejaban de mí por tener mucho más interés por participar en cualquier actividad lúdica, en especial el fútbol, que por trabajar en sus entonces aburridas, tediosas y somníferas clases. Tenían una actitud agresiva, prepotente, grosera, eran apáticos, no mostraban la mínima intención por motivar a quienes, según ellos, éramos alumnos problema. Sus actitudes generaban más temor y repulsión que atracción por la escuela, sobre todo por aprender.

La manera más pertinente que encontré para entrar en contacto con Iván fue observar la dinámica escolar en la que se encontraba inmerso; posiblemente, así lograría obtener mayor información de la realidad educativa que vivía nuestro “alumno problema”. La finalidad era identificar las causas del comportamiento que lo caracterizaba y, sobre todo, los factores que afectaban su aprendizaje.

Un día lectivo, con el consentimiento de las autoridades del plantel y de los docentes responsables del grupo, tuve la oportunidad de incorporarme al grupo de Iván. Para no interrumpir la dinámica escolar, me ubiqué en una esquina al fondo del salón, abrí mi diario de notas, cuando de repente oí: “¡Chale, parece que viven aquí!” –murmuró Iván–; ha llegado a su salón de clase y lo primero que hace es saludar a su diminuto grupo de amigos, por cierto, nada disciplinados. Alegre de ver nuevamente a sus camaradas, tras dos efímeros días de descanso, comienza a jugar con ellos. El juego pronto termina y su sonrisa de alegría desaparece al mismo tiempo que uno de sus maestros va entrando al salón.

Iván, un poco disgustado, camina hacia su lugar deteniéndose a un costado de la banca, mientras espera que el profesor termine de llamarle la atención por estar afuera del salón y le permita tomar asiento. Una vez sentado, saca su libreta con cierta disposición a trabajar. Mientras tanto, el profesor anota la fecha en el pizarrón y pide a los alumnos que apunten lo que va a dictar.

Después de varios minutos, el interminable dictado y la enigmática explicación del profesor hacen la clase aburrida. En respuesta

a ello, Iván comienza a bostezar, pregunta la hora y aprovecha la atención que le presta su amigo Manuel para platicar. Esta distracción propicia que el muchacho no continúe tomando nota, debido a que ocupa el tiempo que resta de la clase en platicar discretamente con sus amigos y compañeros más cercanos. En diversas ocasiones el profesor lo regaña y le advierte que si continúa así tendrá que abandonar la clase.

Al sonar el timbre que finaliza la tediosa sesión, Iván sale rápidamente del aula. Afuera, de nuevo con su peculiar sonrisa que denota alegría, se reúne con sus amigos para platicar sobre las aventuras del fin de semana. Pocos minutos después, la sonrisa de Iván se atenúa nuevamente y entra al salón para tomar la siguiente clase. El profesor llega un poco apresurado, y molesto por encontrar a Iván y sus amigos fuera del salón, pide a los alumnos tomar asiento y guardar silencio para comenzar.

Iván saca su cuaderno; resignado, comienza a escribir lo que con letra casi ilegible, el profesor apunta en el pizarrón. Después de unos minutos, discretamente sus compañeros comienzan una plática, al parecer bastante interesante, porque en el momento en el que Iván se percata, de inmediato se incorpora a ésta; como si el “echar cotorreo” fuera uno de los principales motivos por los que asiste a la escuela.

Por fin termina la clase. Poco tiempo después de que Iván ha salido del salón para continuar con sus charlas, llega el profesor que les impartirá la siguiente sesión. Nuevamente la sonrisa del joven desaparece conforme avanza con desagrado a su lugar. Sentado en su butaca, saca una libreta y comienza a escribir lo que con voz tenue y somnífica dicta el maestro. Al transcurrir el tiempo, se aburre y entabla una nueva charla con sus amigos, motivo por el cual vuelve a perder la secuencia de la clase y recibe regaños. ¡No es posible!, otra sesión más, e Iván no ha logrado tomar un apunte completo.

En la siguiente clase, al ver a Iván distraído y platicando, el profesor en turno le pregunta sobre un concepto que acaba de dictar (el *joule*). Iván no hace más que bajar la mirada y permanecer callado;

su silencio denota incompreensión. En seguida, nervioso y apenado enfoca la vista en su cuaderno y se alista para continuar tomando nota. Del resto del grupo, sólo una alumna solicitó la palabra para responder, quien leyó de su cuaderno con cierta dificultad. Al parecer no hubo aprendizaje, ni mucho menos comprensión.

Después de dictar algunas frases, el profesor de nuevo pregunta a Iván, ahora sobre un concepto un poco más sencillo (la caloría), y a pesar de que estuvo muy atento a lo que aquél dictó, no logró contestar y una vez más bajó la mirada. Sin pensarlo, el maestro preguntó al resto de los alumnos (quienes agacharon la cabeza), sin obtener respuesta alguna, por lo que no tuvo más opción que contestarse él mismo. “Nos vemos la siguiente clase”, anunció, tomó sus cosas y con muecas de enojo salió del salón.

Mientras tanto, Iván permaneció en su butaca con el rostro afligido y el cuerpo desguanzado. “¡No manches!, nunca entiendo nada y cuando lo hago me da miedo contestar”, se dirigió a sus amigos, quienes trataban de animarlo con palabras de aliento: “No te preocupes, nosotros tampoco entendimos nada”. Juntos salieron del salón sólo para volver a entrar, ahora desanimados por igual, porque el siguiente maestro había llegado.

Durante esta sesión los alumnos realizaron un resumen mientras que el profesor revisaba su *notebook*. Iván, a pesar de las numerosas llamadas de atención que recibió, platicaba con sus amigos. Al término de la clase, segundos después de que sonó la chicharra, salió del salón acompañado de sus amigos para disfrutar del receso. Al siguiente timbrazo que anunciaba el final del descanso e inicio de la sesión siguiente, lo invadió una gran preocupación después de que uno de sus amigos le preguntara si trajo la tarea. En reacción a ello, un poco asustado, corrió a su salón para tratar de copiársela al más amable de sus compañeros. Afortunadamente, encontró a alguien.

Por suerte, el maestro llegó tarde, e Iván aprovechó el tiempo para realizar la tarea que tenía pendiente. El profesor empleó los minutos restantes para revisar las tareas, además de hacer algunas preguntas a los alumnos.

Cuando llegó el turno de Iván, se puso de pie, escuchó con atención, y con voz entrecortada comenzó a emitir su respuesta, un poco extraña por cierto, al igual que la pregunta. Lamentablemente, pronunció mal una palabra, por lo que el grupo entero comenzó a reír como si hubiese contado un chiste. En ese momento, con el rostro ruborizado dirigió la vista hacia el profesor, quien también reía, por lo que no tuvo más opción que sentarse; permaneció en silencio, haciendo garabatos en la paleta de su butaca hasta que finalizó la sesión.

Durante la clase siguiente Iván se notaba un poco tímido y molesto, casi no platicó con sus compañeros a pesar de que había oportunidad, debido a que se habían burlado de él. Al salir de la escuela, sus amigos lo esperaron: “¿Qué te pasa?, ¿por qué estás tan serio?”, juntos partieron hacia sus respectivos hogares.

Los días siguientes casi no entregó tareas, estuvo aislado de sus amigos, se notaba extraño. Mientras los demás aprovecharon el tiempo libre para platicar y jugar, él permaneció en su lugar y en pocas ocasiones se levantó para mirar afuera del salón.

Cada vez que un maestro durante la clase le hacía alguna pregunta, se ponía muy nervioso, agachaba la cabeza y murmuraba: “Se van a burlar”. En algunas ocasiones sólo respondía con voz cortante: “No sé”. En respuesta a ello, los maestros le recordaban a él y a la mayoría de sus compañeros, que iban mal en sus asignaturas y que después no se quejaban.

Es evidente que en las distintas clases no hubo aprendizaje. En consecuencia, surge una serie de cuestionamientos: ¿Qué factores impidieron el aprendizaje? ¿Son factores propiciados por los docentes, por los alumnos, o intrínsecos al contenido? ¿Cuáles serán los errores de los docentes y cuáles de los alumnos? ¿La culpa será de Iván y sus compañeros, o de los maestros? ¿Qué competencias docentes no están presentes en estas situaciones? ¿Qué competencias se han desarrollado en estos estudiantes y qué pasa con ellas? ¿Qué competencias hace falta desarrollar por Iván y sus compañeros?

La mayoría de las veces en las que el aprendizaje no es satisfactorio, los docentes buscan las causas en los propios estudiantes. Esta condición se justifica aludiendo condiciones individuales, como: los alumnos no saben nada, no quieren ni tienen el mínimo interés por aprender; para ellos nada es relevante, sólo jugar; no cumplen con tareas; no saben respetar; no obedecen a sus padres, mucho menos a sus maestros; tienen problemas familiares y los ponen de pretexto; no duermen bien en casa y se desquitan en la clase, etcétera.

En algunas ocasiones, a los alumnos con problemas de aprovechamiento escolar se les adjudican trastornos de aprendizaje posibles (TDAH, el más común), sin tener un diagnóstico que respalde tal afirmación. El hecho de que un estudiante tenga un problema de aprendizaje no lo imposibilita para aprender; el proceso es complicado, pero no imposible. El punto es que, por lo general, se busca una evasiva y no una solución.

Usualmente, la mayoría de los problemas se visualizan como conflictos sin solución (por apatía o por falta de experiencia), sobre todo, cuando se ha intentado resolverlos en diversas ocasiones y no se logran los resultados esperados. La única salida viable para quien atiende la situación es transferir el problema a otras instancias.

En contraparte, los alumnos han construido su propia versión acerca del motivo de su bajo nivel académico. Se justifican afirmando que sus profesores emplean estrategias de enseñanza de carácter transmisivo, basadas en el dictado y el monólogo; no explican los temas complejos, sino que los dictan; los obligan a tomar extensos apuntes que provocan su aburrimiento, desmotivación y, finalmente, maximizan su desinterés por aprender. Si intentan hacerlos interactuar, lo hacen exclusivamente mediante preguntas que suelen ser complejas, las cuales sólo logran responder cuando memorizan la información.

Por ahora, Iván cursa el segundo grado y será su profesor cuando él ingrese a tercero. Mientras tanto, aprovecharé el tiempo para realizar la investigación de campo necesaria para elucidar y preci-

sar cuáles son los principales factores que favorecen y dificultan el aprendizaje en los alumnos de educación secundaria, e identificar los principales problemas que presentan a la hora de aprender, con la finalidad de diseñar, organizar e implementar estrategias didácticas más funcionales que permitan prevenir situaciones de conflicto cognitivo en los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Además, seguiré al pendiente de su desarrollo psicopedagógico y fortaleceré mi trabajo de enseñanza, de tal modo que favorezcan una intervención exitosa, para finalmente elucidar *qué tanta culpa tiene Iván...*